

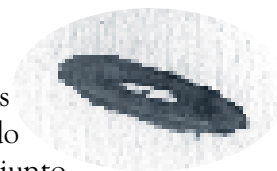
## 33 REVOLUCIONES

Mertxe Carneiro

Ayer, de un cajón, rescaté un viejo disco. De vinilo. 33 revoluciones. Uno de esos que, en los guateques, había que levantar entre varios para ensartárselos al tocadiscos. <Después de los 60... Los 70> se llamaba e iba de versionados retales de canciones otrora largadas, de la cruz a la fecha, por sus intérpretes titulares. En la sobada cubierta sobrevivía la imagen de dos señores con pinta de representantes de calcetines de *canalé* y dos señoras muy pintadas. Ellos, sentados; ellas, detrás y en pie; igualito, igualito que en la foto de boda de mis abuelos. El disco era un horror de manufactura, y temí que un horror de sonido. Pero ocurrió algo extraordinario, pues a la vista del presunto engendro mi saponificado sistema emocional revivió súbitamente. ¡Y vaya resurrección! Como que volvió hecho un Tejero, y venga de dispararme: <¡Lo escuches, coño! ¡Pero ya mismo! ¡Mira que te atizo un dolor de muelas con episodios piorrécicos y todo!>. De nada sirvió que mi cacho pensante tratara de disuadirle en plan Lisa Simpson: <Pero... ¡"porfá"! ¡cómo voy a poner esa tapa de alcantarilla en la platina láser!> Pues nada, ya digo, no hubo manera de que considerase los irreversibles daños que podía sufrir nuestra cadena de alta tecnología digital, y tal. Así que me rendí. De muy mala uva le di al botoncito. La aguja, ras... raass... raaass, parecía una uña de la Montiel arrascando partes no operadas de la susodicha. ¡Jo...! En mí, yo no vivía ya. (Perdón, San Juan de la Cruz, perdón por el plagio, ¡pero es que se lleva tanto!) No obstante, quién lo iba a decir, resulta que la aguja no se pulverizó, ni nada. Todo lo contrario. De repente, un satinado silencio sucedió al arañazo infame, y cuando quise darme cuenta surcaba el microsurco con la grácil levedad de un balandro, elevándose y descendiendo en el negro oleaje de vinilo, empujada por un inasequible viento eléctrico... No pude resistirlo. De pronto, como le pasó a Neruda, mi religión fue aquella nave. Salté a cubierta. Como Neruda, no tenía más remedio que vivir. Revivir, en este caso. Y entonces los acontecimientos se precipitaron: se hizo el mar abierto, el poniente camino, los difuntos días emergiendo como locos de la bitácora del horizonte... A 33 nudos por minuto, en aguas



tan limitadas, la singladura es vertiginosa, tanto que cuando comenzaron a sonar los primeros compases, yo, erguida en la proa de aquel barquito sutil y mentiroso, tuve que hacerme a un lado a toda prisa para dejar sitio al fantasma de los años perdidos que ya se congregaba voluminoso junto a mí.

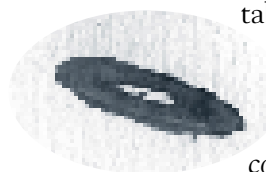


No recuerdo cuál fue la primera canción que llegó a mis orejas, pero qué más da si de la primera a la última, en todas, pero en todas todas, pervivía aquella que fui; cada una era cenotafio de los ritmos de mi antiguo esqueleto: bienestar y dolor, certezas y dudas, verdades y mentiras... Fui saludando cada composición con la errática alegría que producen los reencuentros incorpóreos... Saludaba, en definitiva, a una curiosa aleación de amargura y esperanza llamada "años 70". No, esto no es una licencia retórica, todo el que haya vivido la época sabe bien de qué hablo. Sabe que esta fórmula explosiva se obtenía viviendo en dos mundos a la vez. El uno se verificaba en la superficie de las cosas, en la ventisca del calendario, en nuestra boca sin palabra: era el mundo de la esperpéntica dictadura que agonizaba interminablemente entre adhesiones inquebrantables y demás sandeces al uso. El otro, en cambio, tenía la textura de los ensueños, el sabor de las manzanas de la sidra dulce, el aroma de las flores que se desprecizan al amanecer: era el mundo de la presentida libertad, y se alojaba en lo más umbrío, en lo más clandestino de nuestros corazones.

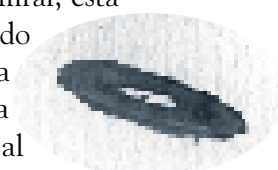
Pues, sí, ayer volvieron a mí todas esas cosas. En avalancha, condensadas en veintiocho ráfagas musicales que fueron como veintiocho espasmos agridulces en el cielo de la boca. Yo no me lo esperaba; esperaba, a lo sumo, un ligero cosquilleo en la memoria, una leve aceleración de miocardio... Pero vino a ocurrir que aquel encadenado de canciones me dejó indefensa y palpitante al borde de un estuario pletórico de vibrátiles presencias.... Toda la teogonía del pasado pugnando en solfa por colarse en mi castillo.

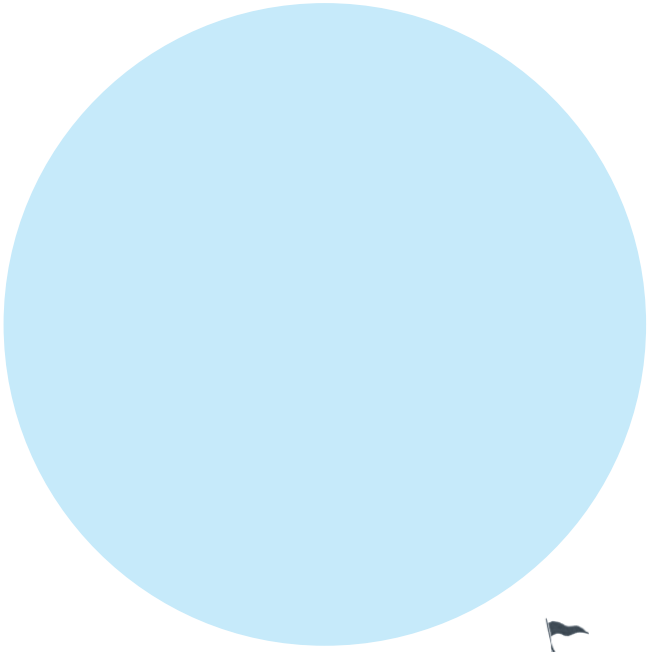
Se colaron, por poner algunos ejemplos:

<Abrázame.> Inmediatamente se me instaló en la cabeza aquella tarde del *Tablao* de La Perla y, en la cintura, los brazos de una sombra inolvidable. Aquella tarde, el gran maestro de los quiebros, el sublime libador de micrófonos, el de la parkinsoniana mano revoloteando por la chaqueta cruzada, véase Julio Iglesias, cantaba sólo para nosotros. Aquella tarde era ya muy tarde y, mientras Julito lloriqueaba *abrázame*, y *no me digas nada, sólo abrázame*, el sol, como un incendio derrumbado, se desparramaba presuroso por los últimos metros del horizonte. Tras los ventanales, *me basta tu mirada para comprender que tú te irás*, las salpicaduras de aquel fuego rodante incendiaban las caderas de la isla. Y la bahía, *abrázame como si fuera ahora la primera vez*, era una inestable oscuridad sesgada de oeste a este por la senda de cobre que llevaba hasta el fugitivo sol. Aún quedaban algunas personas por la playa, *como si me quisieras hoy igual que ayer*, paseando indiferentes al quejoso murmullo de las olas que se desplomaban sobre la arena huyendo de la noche. Recuerdo que cerraron las ventanas y corrieron las cortinas. *Abrázame*, todavía gimoteó Julito, pero ya no fue lo mismo, qué va a ser lo mismo cuando te birlan la puesta de sol.



<Algo de mí.> Regresaron la playa de Torremolinos y su calor, aún sahariano, de septiembre. Estaba yo bajo una sombrilla con forma de cocotero y sobre una tumbona que sí tenía forma de tumbona pero que era, en realidad, una barbacoa pues notaba mi bikini a punto de ignición. No dormía, no se duerme en el infierno, pero la modorra me anesthesiaba agradablemente. Mi vecina de cocotero, una guiri sesentona, encendió su radiocassette (entonces, de auriculares, nasti de plasti). La atiplada voz de Camilín (¿recuerdan al místico y translúcido Camilo Sesto? Sí, sí, ése que tuvo un hijo a pesar de todo...) se puso a reverberar salvajemente por todo el litoral, caladeros marroquíes incluidos. Di un respingo. Miré con ojos amenazadores a la germana. Porque era germana aquella mole rosácea y monovolumen que me había dejado sin anestésico. Por aquellas calendas, Europa no nos prestaba aún mucha atención, razón por la cual la germana, ni *floresen* (que digo yo que debe de ser como se dice *flores* en alemán), muy afanada, por otra parte, en ponerse crema solar hasta en la hamburguesa. Entretanto, el Camilín, *in crescendo*: que si se había acostumbrado a la brisa de no sé quién, a su piel color de miel, a la espiga de su cuerpo, y a su risa, y a su ser... De pronto, que se nos pone terminal: ¡*aalgo de mí, aalgo de míí, aalgo de mí se va muriendoo!* Para, acto seguido, cambiar de planes: ¡*quieero vivir! ¡quieero viviir!* Y, masoca, exigir: ¡*saber por qué te vas, amoor!* Después, se hace un lío: *te vas, amoor, pero te quedas...* Y, ya lelo perdido, hala, a ofrecer no sólo su vivienda habitual, sino también la segunda (¡con lo gravada que sigue ésta en Hacienda!): *en mi caasa y en mi aalma hay un siitio para tíí...* Volví a mirar, esta vez a bocajarro, a la germana. Siempre ajena a mi ofensiva, la germana, que ya había terminado con el lubricante, va y se me derrama por la tumbona y, sin solución de continuidad, comienza a roncar desafortadamente, como una vaca con vegetaciones adenoideas, qué digo, ¡como una ballena con faringitis! Esa noche, en la discoteca de moda, me los volví a encontrar. A ella y al





Camilín,  
quiero decir. La  
germana trataba penosa-  
mente de encajarse en los bra-  
zos de un chaval cetrino y esmirria-

do, uno de aquellos desgraciadillos aspirantes a *gigolo* (cami-  
sa estampada abierta hasta el ombligo, pantalón pata de elefan-  
te) que pululaban por las costas vacacioneras, trabajando de  
camareros durante el día y, por la noche, trabajándose los crepuscu-  
lares ardores femeninos de extranjero. En cuanto al Camilín, erre-  
que-erre con brisas, pieles, besos, etc., manaba amplificado, apabullan-  
te, de todos los altavoces... Calculo que debieron de poner la canción unas tres mil y pico de veces. Para  
colmo, el tío se me apareció en sueños: la cantaba una y otra vez mientras bailaba, apretadamente y por rigu-  
roso turno, con la germana y su *gigolo*.

<A mi manera.> Frank Sinatra decía *my way*, que sonaba mejor, porque ya se sabe que las cosas en  
extranjero son como más importantes, no sé, como más serias... Además, para el viejo vividor *my way* era una  
canción autobiográfica, y la cantaba con aquella voz que ya empezaba a romperse por los bordes, aquella voz  
de alcohol y nicotina que nos dejaba en la carne una maraña de sueños lánguidos unguados de sol californi-  
ano. Todo un coma sentimental el que nos provocaba La Voz. Confieso que después de haber escucha-  
do la versión sin colesterol de este cuarteto cutre y repeinado de mi disco me doy cuenta de que no ha  
habido - seguramente no habrá - otro tan grande como él. ¡Viva Franck! ¡Arriba...! Bueno, mejor  
me callo, no sea que abra el ojo el que no debe...

<Un beso y una flor.> Estábamos en Mallorca. El autocar ascendía asmá-  
tico y renqueante hacia Valldemosa, porque en la Cartuja teníamos cita concer-  
tada con Chopin. Y con su celda, su piano, su mano de cera... Y con las  
infidelidades que le infligió doña Aurora Dupin, de alias literario:

George Sand. Resumiendo, con todo ese negocijejo  
espantoso que nos cuenta una historia  
invero-

símil

del dios de los Preludios. Era temprano, todavía no había prendido el calor en nuestras pieles, aunque sí el miedo. De hecho, el chófer había puesto la radio por no oír los gritos de sobresalto de los pasajeros cada vez que la curva se cerraba más de la cuenta o el incesante precipicio nos rozaba con sus escarpadas fauces amarillas. Tú llegaste instantáneamente: *Dejaré mi tierra por ti; dejaré mis campos y me iré lejos de aquí. Cruzaré llorando el jardín, y con tus recuerdos partiré...* Cada estrofa era una ola penetrando en las rompientes de nuestro corazón: *De día viviré pensando en tu sonrisa...* En cada estrofa, fundida con la tuya, la voz de Jehová inoculándonos la paz: *De noche las estrellas me acompañarán; serán como un luz que alumbre mi camino...* Y, claro, el miedo se diluyó con la presteza de un azucarillo en agua hirviendo: *Me voy, pero te juro que mañana volveré.* Ya sólo vivíamos para escucharte: *Al partir, un beso y una flor; un te quiero, una caricia y un adiós...* Nuestra tranquilidad era absoluta: *Es ligero equipaje para tan largo viaje: las penas me salen del corazón...* Sólo el chófer parecía ajeno al milagro, mostrándonos de cuando en cuando su incrédulo perfil. Tú seguías con tu apostolado: *Más allá del mar habrá un lugar donde el sol cada mañana brille más. Forjarán mi destino las piedras del camino, lo que nos es querido siempre queda atrás...* Gracias, mil gracias, Nino Bravísimo. No veas lo que hiciste por nosotros aquel día. Recuerdo que, ya en la Cartuja, vislumbré al héctico Chopin al fondo de un corredor anegado por las sombras. Me hubiera gustado acercarme para contarle lo tuyo, pero le oí toser como un condenado y temí que sus esputos me alcanzasen. Quitaa..., quita...

<Tómame o déjame.> Sinceramente, pues que he vuelto a quedarme de una pieza, qué quieren que les diga. Un compañero trajo a la oficina una cinta de "Mocedades", y a la fotocopidora pongo por testigo de que, cada vez que le llegaba el turno a esta canción, a toda la sección de Compras se nos caían los albaranes al suelo. De verdad. ¡Un desplome...! Porque, a ver, Amaia, pase que le digas *tómame o déjame* a un señor que llega tardísimo a casa y, para colmo, apestando a leña de otro hogar. (Qué se le va a hacer, es lo malo que tienen los brotes aftosos: lo primero que atacan es la dignidad.) Pero, ostras, Amaya, que le digas *si no estoy despierta, déjame soñar, no me beses en la frente, sabes que te oí llegar, y tu beso sabe a culpabilidad.* Esto es una gravísima contradicción porque, digo yo, decíamos en Suministros Eléctricos EASO, S.A., ¿cómo se puede estar durmiendo y no obstante "oír" la puerta de la calle? ¿cómo se puede saber a qué sabe un beso que nos dan en el frontispicio? Dos puntualizaciones: a) cuando se duerme, se duerme; y b) en la frente no hay papilas gustativas. Que lo sepas, tía.

<Feelings> ...<Gotas de lluvia>  
...<Clair> ...<Corazón gitano> ...<Mammy blue>...

Pues eso, que ayer, de un cajón, rescaté un viejo disco. De vinilo. 33 revoluciones. Que es como decir diez años de mi vida formateados en 26 minutos 11 segundos de bailables.

Hubiera sacado a bailar al gato, pero ya se sabe cómo son los gatos para estas cosas. Mejor no.

